

La resurrección de los muertos

Pedro Romero Irula

No queremos que sigan ignorando lo relativo a los muertos para que no se llenen de tristeza, tal como hace el resto, aquellos que no tienen esperanza.

Primera Carta a los Tesalonicenses 4, 13.

Bueno, le dijo el detective alto a su compañera pelirroja, yo sí creo en la resurrección de los muertos. De donde yo vengo la vida es más bien vulgar –continuó-, yo crecí rebotando de amargura en amargura, al igual que todos mis coterráneos fui sometido a los arbitrios de nuestra historia, que se enloquecía por ciclos. Las desgracias pasaban más seguido que el camión de la basura, ¿ya? A lo que voy es que llevábamos una existencia de mierda desde el principio de los tiempos y eso no iba a parar. Nos nació un rencor tan grande que no sabíamos ni qué hacer con él ni a quién iba dirigido, que es lo mismo que decir que iba dirigido a todo y a todos. Era insano: la gente se destripaba a balazos a pleno mediodía, te rebanaban el pescuezo por un capricho, sobrevivir o morir era cuestión de pura casualidad. El tiempo mismo se comportaba como una culebra borracha: la gente confundía el odio del presente con el de la guerra de hace veinte años y con el de la violencia de hace sesenta años y así hasta la noche de los tiempos. Sí, dijo la detective pelirroja, creo que ya capté.

A lo que voy, prosiguió el detective, es que uno de tantos días el suelo de toda la ciudad empezó a gruñir. Cuando sucedió, yo era un adolescente con las hormonas desquiciadas y no sabía si tenía ganas de desayunar o de matarme. No estoy hablando de un retumbo ni de un movimiento telúrico sino de un gruñido, pero no como el de un perro enfurecido sino el de un perro que se está muriendo. Pensé que era el fin del mundo. Todos los vecinos salimos a cagarnos de miedo juntos mientras la tierra seguía gruñendo muy dolida. Nadie fue capaz de ubicar un epicentro: el ruido salía de todas partes. Entonces uno de los vecinos dijo que lo único que podíamos hacer era escarbar y ver qué salía de la tierra. En el peor de los casos desatábamos alguna fuerza oculta de la naturaleza y sí se acababa el mundo o por lo menos la existencia atribulada de nuestra región. No perdíamos mucho. En realidad no perdíamos nada. Pasamos buena parte del día reventando las calles y los suelos de las casas y el gruñido crecía en intensidad, nos acercábamos a él y se hacía más lamentoso.

Atravesamos una capa de tierra blanca, una de tierra roja, otra de tierra muy húmeda y al final encontramos a los muertos. Te estoy hablando de una capa geológica de muertos, algunos ya huesos, otros a medio descomponer y otros francamente nuevos, como si el cementerio y las fosas clandestinas del lugar hubiesen rebalsado para formar una especie de océano subterráneo de cadáveres, algo como el Seol de nuestra historia donde cada uno de nosotros, los vivos y los difuntos, estaba condenado a pasar la eternidad. Ni siquiera notamos que apestaba porque estábamos acostumbrados al tufo. Y poco a poco la gente fue reconociendo a sus muertos: resarcían árboles familiares enteros, visitaban viejos empeños y viejos anhelos y el rencor que te dije que sentíamos todos se volvió un dolor que, si bien era insoportable, ahora ya tenía sentido.

¿Me estás diciendo que todos los muertos de tu tierra empezaron a gruñir?, preguntó la pelirroja. ¿Esa es la tal resurrección? Ajá, le respondió el otro, estaban reclamándonos a su

manera, algo es algo. Ya veo, dijo la pelirroja, ¿y reconociste algún muerto tuyo entre el montón? Por supuesto, aclaró su compañero con una sonrisa, por eso me metí a detective.